



(§)

*Chanson
française*

LUIS ∫ SALVAGO

CHANSON FRANÇAISE

Romanceaba la vieja en la soledad de su casa. Miraba los tarrizos con la tierra seca, blanquecina, con algún nudoso tallo que asomaba como los dedos de un muerto. Recordaba las rosas trepadoras agarradas a la pared, su olor en abril. En un rincón, oxidado, cosido por las arañas, el pozal con el que regaba. Recordó al hijo, sus pestañas oscuras, su cuadrado mentón, delgado, tan diferente del padre. Un hijo tardano, que llegó cuando ya los abrazos eran flojos. Suspiró. Se restregó una mano contra la otra, dio una palmada fuerte. “Se acabó”, dijo. Soltó una bolsa atada al manillar de la bicicleta y dio la vuelta a la casona.

Le dolían las rodillas, crujían como puertas sin aceite. Subió renqueando al palomar. “Solo dos”, dijo al ver los pichones, sus ojos llorosos brillando en la sombra. Echó unos puñados de maíz en el comedero, levantó la cabeza para contar las palomas. “Cada vez menos”. Bajó uno a uno los peldaños y se sentó en la cadiera. Escuchó silbar al viejo. Apareció al fondo del camino, con un manojo de gangas colgando de una mano. Se levantó muy temprano, como todos los sábados y domingos. Silbaba si había caza. Si no la había volvía enfadado, ceñudo, y mataba un par de pichones para sentirse tranquilo. A la vieja le molestaba que hiciera tal cosa. Los pichones eran del hijo, como las rosas.

–Cuatro –dijo el hombre soltando las piezas sobre la mesa del patio.

–Para cuatro días –dijo ella. Se levantó, las cogió por el nudo y se las llevó a destriparlas.

Encendió el fogón. Escuchó al marido sorber de la pipa. El tabaco estaba seco. Puso agua a hervir. Desde la ventana miraba el camino, blanco, polvoriento. Tiempo atrás sembró geranios a los lados. Sabía que no durarían, pero a su hijo le gustaban las flores. Y las palomas. Echó agua caliente en el fregadero. Sumergió un ave. Al poco, comenzó

a desplumarlas, sin mirar. Pellizcaba las plumas y las lanzaba al suelo. No sabía por qué le gustaban las flores. El padre carrañeaba. “No es cosa de hombres”, decía. Y el mozo parecía no entenderlo, o lo ignoraba. Y subía entonces al palomar y hablaba a los pichones, así como si fueran personas. Les ponía nombres propios, nombres de estrella sacados de un libro de su primera comunión. “Cástor, Pólux, Sirio, Orión...” El padre se enfurruñaba. Creía la vieja que muchas veces mataba las gangas y las escondía. Volvía de vacío de la laguna, subía al palomar, y cortaba el cuello de dos pichones. Cuando el mozo volvía del colegio, sin dejar los libros, subía la escalera, contaba sus estrellas. Si echaba en falta decía: “Padre, faltan dos”. El padre sorbía de la pipa, tosía del picor. “No es cosa de hombres”, respondía. El chiquer se enfadaba, se coloreaba su rostro, se limpiaba los ojos con el dorso de las manos.

Sobre la encimera, los cuellos de dos gangas colgaban del borde del fregadero. Aves hermosas, de líneas oscuras pintadas en pechos de teja. Sus lenguas de pincho asomaban del pico con mueca de risa. Los pies iban y venían, tejían en el suelo una alfombra de plumas mojadas. El vapor empañó los cristales. Los limpió con la manga. Miró entonces al camino, su trazado confuso en la tierra removida. En las curvas crecían rojos ababoles. Dos años hacía que se marchó, con las manos vacías. Una mochila, todo lo más, algún libro, y el poco dinero que ganara en el secadero.

Destripó las aves. Las lavó bajo el grifo. Puso una a guisar. Comieron. A la tarde, el marido marchó al bar, al dominó. No dijo adiós. Dejó el plato sucio en el fregadero, se limpió la boca con el trapo húmedo y ahuecó las cuentas de la cortina para salir entre ruidos de sonajero. Todas las tardes salía más o menos a la misma hora. Más o menos con la misma ropa. Más o menos sin despedirse. Los hábitos tenían el ritmo del sol y el rigor de las misas. Solo cambiaban los días de fiesta, o de lluvia, o cuando alguna enfermedad los acuciaba. Volvía ya tarde, a la hora de recoger al ganado.

La vieja se sentó en la butaca del salón, junto al aparato de radio. Hacía buen tiempo, no necesitaba encender la chimenea, ni taparse el regazo con una manta. Puso en marcha el casete. Le gustaba escuchar música, *Chanson Française*. Yves Montand, Jacques Brel, Edith Piaf. *Ne me quitte pas*. No se dormía si escuchaba música. No sabía francés, pero le parecía elegante escucharlo. Pensaba en el chico, lo imaginaba echando pozales de agua, llamando a las palomas con sus nombres propios. Apenas quedaban palomas, de tantas que había sacrificado el viejo. Un día ya no habría macho, o no habría hembra. Entonces el palomar no sería más que un cuchitril con un suelo de plumas y excrementos, tan seco como los tarrizos de rosas.

Esa tarde se durmió.

La despertó el marido.

—Ya de vuelta —dijo.

Lo escuchó abrir la nevera, cortar el queso sobre la tabla, el gorgoteo de la botella de vino llenando el vaso.

—¿Cenamos? —preguntó.

La vieja apagó el casete.

—Voy.

Llenó un vaso con agua de grifo. Se sentó a su lado. Él le dio un pedazo de queso entre el dedo gordo y el cuchillo.

—Siempre escuchas la misma música.

Ella se encogió de hombros. Bebió del vaso. Algún grillo comenzó a cantar.

—¿No te gusta?

Él, sin terminarse el bocado, farfulló:

—Claro que me gusta. Pero es música triste.

—¿No te gusta la música triste?

–Prefiero más alegre. Como los grillos. La música de los grillos es alegre –
dijo girando la cabeza hacia la ventana.

–Aquí no hay alegría –respondió la mujer apagando el sonido de la última sílaba.

–¿Cómo?

–Alegría. No hay alegría.

El hombre tragó sin masticar. Sacudió la cabeza.

–Vale ya –dijo con la voz engolada, la comida aún a medio camino del estómago–. No tenía rasmia el chico, no tenía talento, farfallaba... no buscaba mujer.

La vieja bebió agua. Mantuvo el vaso en alto. Observó a su marido a través de la curvatura del vaso. Lo vio deformado, ceñudo. Se mantuvo así un largo tiempo, recreándose en esa imagen empañada.

–Eres un piazó barro –dijo.

Cuando terminaron limpió el hule, cerró los pestillos, llenó una jarra con agua para llevarla a la habitación.

–Mañana mato cuatro corderos –dijo él–. No hace falta que vayas.

–Iré.

Pero no fue. Cuando se levantó, su marido ya se había ido. La casa olía a café, a pan tostado, al Varón Dandy que él se esparcía sobre el mono de trabajo. Se preparó un café con leche, puso pan a tostar. Mientras, se cambió de ropa, cogió una pastilla para la artrosis. La casa olía ahora a pan quemado. Desayunó. Se anudó un pañuelo en la cabeza y subió a la bicicleta. En la cesta del manillar llevaba una bolsa de compra y una botella de agua. “No sé hasta cuándo”, pensó, porque le dolían las rodillas, y ya no sabía si crujían ellas o la cadena de la bicicleta.

Al poco llegó al pueblo. Entró en una tienda, con un cartel comido por el sol donde se leía: “*ULTRAMARINOS LOLA*”.

La saludó una mujer, de ojos muy abiertos y cara de luna.

–Dame maíz –pidió la vieja mientras se ajustaba el pañuelo–. Un kilo.

Abrió la mujer la boca de un saco, vertió en una bolsa.

–Parece poco –dijo.

La vieja apretó los labios.

–Sí –respondió–. Quedan pocas palomas.

Se llevó de nuevo las manos al pañuelo, deshizo el nudo, volvió a hacerlo.

–No lo has visto. ¿Verdad? –preguntó de seguido–. El chiquer...

–¿Al mozo?

La vieja asintió.

–No. Lo siento.

A la vuelta le dolían más las rodillas. Hubo de bajar un par de veces de la bicicleta, recorrer el camino andando. Cuando llegó a casa vio la camioneta del marido. Se asustó, porque no le parecían horas. Colgó la bolsa del maíz de una tacha y entró en la casa.

–¿Qué pasó? –preguntó al verlo mohíno, sentado en la butaca del salón, con la pierna en alto. Un desconocido sentado a su lado.

–Bajando del camión a los corderos. Esbaricé. Me he roto la pierna.

–La pierna.

–Sí. Me trajo él –dijo señalando al hombre pequeño y calvo, con los dedos entrelazados sobre las rodillas–. Ahora vienen a buscarlo.

–Estamos buenos –dijo la vieja.

Salió a por la bolsa. Dio la vuelta a la casa. Subió la escalera del palomar.
“Ahí están”, dijo, contenta porque veía brillar los ojos oscuros de los pichones.

Por las mañanas, sola, la vieja acudía al corral. Lo limpiaba con badil y rastrillo. Llenaba de hierba los comederos. Vertía agua en los pilones. Volvía a casa agotada, dolorida. Se olvidaba de quitarse el pañuelo. Arqueaba la espalda con ayuda de las manos. Cerraba los ojos.

Al término de una semana se sentó junto al marido. Puso en marcha el casete. Escucharon *Chanson Française. Ne me quitte pas.*

–Es una música triste –dijo él.

–Ya dijiste que prefieres los grillos.

Él se removió. Parecía molestarle el mimbre del asiento. Frunció el ceño.

–Creí que era cosa de mujer –dijo.

La vieja pensó en sus palabras. Veía a su marido como en el vaso: desdibujado, sin rostro, sin nombre.

–Pero te gusta –dijo al cabo de un instante.

–Sí.

Algunos días después el viejo se levantó muy temprano. Cogió la escopeta. La canana. El morral. Una botella de agua. La mujer se despertó.

–No estás curado.

–El lunes empezaré a trabajar.

El lunes la vieja cogió la bicicleta. Bajó al pueblo. Compró maíz.

–¿Has visto al chiquer?

–No –le daba pesar a la tendera. Pasaba el borde de la mano por el mostrador, limpiando migas que no existían.

Las gangas colgaban de un gancho en la cocina. Se le había olvidado limpiarlas. Se llevó las manos a la cabeza. Puso agua a calentar. Mientras tanto, salió al patio, se sentó en la cadiera. Un fardacho zigzagueaba en las arrugas de la pared, detrás de una araña. La siguió por el suelo, a los tarrizos. Trepó por ellos. La mujer se enderezó. Abrió los ojos de par en par. Se levantó del asiento. Los tallos habían reverdecido, aumentado de tamaño. Unas minúsculas hojillas dentadas refulgían a la luz, colgaban del tallo como tiernos sarmientos. Miró el pozal: limpio, con restos de agua. Se apresuró al palomar. Subió la escalera. Vio el comedero hasta el borde de maíz. Contó las palomas: “Cástor, Pólux...” Unos ojos brillaban en un rincón. Ojos pequeños, sobre amarillas boqueras. “Ahora hay cuatro”, dijo, “cuatro estrellas”. Bajó rápido. Entró a la cocina y se anudó el delantal. Desplumó las gangas, las destripó. Espiezó una y la puso a guisar. El viejo llegó a la hora de comer. Se lavó las manos en el fregadero.

–¡Ay! –exclamó al acercar la silla a la mesa–. Aún me duele... la cabrona.

Se acarició la rodilla. Frunció los ojos. Cerró las manos cuando la mujer le puso el plato.

–Huele muy bien.

Ella ignoró el comentario. Se sirvió su plato y se sentó. El silencio hablaba con zumbidos de mosca, con gorjeos de auca en la laguna. Veía el vapor alzarse sobre la comida, dibujar en el aire el contorno de un rostro, de ojos redondos, de mentón prominente. Las rosas habían brotado, las palomas criaban, el comedero estaba lleno de maíz. Sintió el impulso de coger la bicicleta, acercarse al pueblo. No había noticia que no llegara primero a los oídos de la tendera. Ella sabía quién entraba, quién se iba del pueblo, por qué se iba.

–No comes.

–No tengo hambre.

Despertó al día siguiente mucho antes que su marido. Olió el café, olió las tostadas, el Varon Dandy. “No voy al corral”, dijo desde su cuarto. Escuchó que la puerta se cerraba. Se levantó de la cama como si ese día fuera diferente, como si el sol brillase solo para ella. Se echó el resto del café, se vistió. Las tostadas se le quemaron. Se apresuró a la bicicleta.

La tendera acudió con el ruido de la puerta.

–¿Ha venido? ¿A comprar maíz? –preguntó de sopetón.

–No. No sé nada.

La vieja miró el saco de maíz abierto.

–¿Y no ha venido nadie a comprar maíz?

–No –respondió la tendera con una sonrisa plana, compasiva, como si perdonase todas las culpas del mundo–. Han venido muchos a comprar maíz. Pero no él.

El rosal se había agarrado a la pared. Una flor apareció entre las hojas. Pétalos pequeños como labios de niños. Espinas diminutas. Puntos amarillos flotando en alambre. Dos nuevos pichones habían nacido. En dos semanas no había comprado maíz.

–Ya de vuelta –anunció el marido.

Ella escuchaba a Yves Montand. El teléfono sonó. “Soy Lola”, dijo, “ha venido. Esta mañana. Preguntó por ti. Lleva semanas trabajando. En alguna granja. Sariñena, o Castejón... no dijo dónde”. La vieja tapó el auricular, chistó con un dedo cruzado en los labios.

Apenas durmió durante la noche. Los ronquidos del marido vibraban en su cabeza. Temió que descubriera sus pensamientos, que averiguara que su hijo había venido.

Se le hacía imposible no pensar. Se imaginaba a su hijo regando las plantas antes de que el sol saliera, llenando el comedero antes de que el padre marchara al corral.

Cuando él se levantó ella estaba despierta. Le preparó el desayuno. Se le quemaron las tostadas. El viejo se las comió sin rechistar. Lo vio salir al camino y estirarse del mono por la entrepierna para subirse a la camioneta. Le pareció un bruto, un estómago desagradecido, un hombre sin sentimientos. El olor del Varon Dandy la mareaba. Abrió las ventanas.

Florecieron más rosas. Nacieron más pichones. Decenas de veces escuchó a Montand, *Ne me quitte pas*. Decenas de veces apagó el casete deseando que el mozo llamara a la puerta. Los días se le hacían largos. El sol iluminaba demasiado fuerte, demasiado tiempo. Deseó las noches por la promesa de la mañana. Marchaba a trabajar al corral con la esperanza de verlo cuando volviera. No hablaba apenas con el marido, ni se acercaba a su cuerpo si en la cama él la tocaba. Apartaba una mano que acariciara su hombro, un amago de beso en una despedida. Estaba convencida de que lo sabía. No había secretos en un pueblo pequeño. Temía que encontrara el lugar donde trabajaba, que lo acusara de nuevo, que lo expulsara para siempre.

El rosal era un hervor de flores. El palomar un arrullo perpetuo.

—¡Apártate! —le gritó un día al marido con la cabeza en la almohada, sin mirarle a los ojos.

La tarde en que el mozo entró por la puerta creyó que era un sueño. Lloró sobre su hombro. Recorrió el perfil de su mentón con la punta de un dedo. Empapó su camisa con la humedad de sus lágrimas.

—Mi chiquer... —dijo, con voz temblorosa.

Cocinó una ganga en el horno. Con ciruelas, con puerros, con trozos de manzana para endulzar la salsa. El marido fumaba en el patio, sentado en la cadiera. Miraba a los fardachos cazar las polillas. Escuchaba la mujer los sorbidos a la pipa. El tabaco estaba seco. Golpeó el cristal para que entrase a cenar.

–Está buena, madre. Como siempre.

Ella le acarició el dorso de la mano con la suya. Robó su calor, el pulso de su sangre.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo.

El compresor de la nevera se puso en marcha. El marido palmeó un mosquito en su cara. Encendió la pipa.

–Sabía que habías vuelto –continuó diciendo–. Las rosas florecieron. Nacieron muchos pichones. No hacía falta que la tendera me lo dijera. Pensé que comprabas el maíz en otro lugar, que regabas cuando íbamos al corral.

El mozo miró a su madre, miró a su padre. Lo vio viejo, canoso, uncido por los años.

–Madre –dijo–. Yo no he llenado los comederos. Ni he regado las rosas.